# CULTURA Y TECNICA: LA DUDA DE NUESTRO TIEMPO

POR

LUIS FARRE

Para caracterizar culturalmente a nuestra época, debemos estudiar las tendencias de sus pensadores, sus inquietudes y la manera como resuelven los problemas. Pero también precisamos conocer el pasado, puesto que la Historia es la exposición de lo que los hombres han hecho o pensado a través del tiempo, si queremos comprender la modalidad propia del presente. Lo actual se evidencia con mayor claridad y distinción si lo contemplamos en contraste. La cultura occidental se ha estructurado a impactos de diversas y extrañas doctrinas, para configurarse en la realidad del momento; quizá nos parezca fatídica y oprimente, en gran parte por ser nuestra, imposibilitados, por tanto, de contemplarla a la distancia. Sin embargo, a mi parecer, resulta más explicable si la parangonamos con la Edad Media. Saltamos el Renacimiento por considerarlo época de indecisión, fundamentado doctrinalmente en la precedente; pero aspirando, y especialmente realizando, mediante la técnica artística, para la modernidad.

Distinguen a la Edad Media fervores de síntesis. No se distraía en la búsqueda ni se atormentaba con dudas; la mayoría de sus pensadores acataba la seguridad de una decisiva resolución en la fe. Ahí permanecían firmes, en una dogmática que les definía los más inquietantes problemas, desde los que se refieren al principio del mundo hasta los que tocan al último fin del hombre. No se preguntaban inquisitivamente por la trascendencia como los modernos, cuyos sentidos e inteligencia están arrebatados por lo visible y tangible; pensaban y vivían intelectualmente en ella.

No menospreciaban la filosofía ni apriorísticamente intentaban subordinarla a la teología; pero la última los calaba tan hondo que casi les resultaba inconcebible e impensable una sistemática extraña a las creencias de la fe. Eran mentes soberanamente especulativas, que vagaban por las síntesis y la abstracción, extrañas a los análisis, que, a su parecer, muy poco contribuirían a configurarlos en la verdad. Aceptaban los principios de su sabiduría por

tradición y ahondada meditación, que insistía en lo ya recibido, sin ladearse hacia extremos que pusieran en peligro la fidelidad. La heterodoxia era rara y extraña, y sobre ella caía la condenación religiosa, filosófica, social y política. Implicaba un peligro desde todos los aspectos, porque no se figuraban otra concepción del mundo fuera de aquella que se afianzaba en el dogma. La Edad Media fué una fervorosa hoguera mística, que consumía todo lo que no se adecuara con la pureza de la fe. Desconocía el sentido crítico, que modernamente penetra hasta los cielos y ahonda en las profundidades de la tierra.

Se conjugaban en unidad el teólogo, el filósofo y el artista. Quien no ha experimentado estremecimientos de sublime belleza al leer los escolásticos, carece de intimidad estética. No se planteaban distintamente muchos de los modernos problemas: los relacionados con el arte, por ejemplo, porque los habían resuelto en una metafísica de presupuestos teológicos. Ella es, por todas estas características, no contraria, sino diferente a nuestra época. El que la condena, no la conoce; el que la ha estudiado, la admira, aun en el supuesto de que se sienta muy cómodo en la modernidad y admita sus tendencias culturales.

* * *

La cultura se transforma y evoluciona insensiblemente. Por eso, el parangón no es fácil cuando los siglos o las épocas están próximos, pues prevalecen las coincidencias; pero si se intercalan grandes distancias de tiempo, nótanse entonces mayores diferencias. Las características de cada una en este caso son evidentes; frecuentemente, en abierta oposición. Por eso, si desde la Edad Media, injustamente repudiada por los fanáticos de la modernidad, intentamos caracterizar a nuestra época, damos con matices destacadamente diferenciales.

Son completamente diversas, por de pronto, en espíritu y en propósitos. En la actualidad, el análisis y la crítica se han convertido en exigencia total. Se ha derrumbado como modalidad cultural aquella estructuración dogmáticofilosófica, que aunaba casi sin excepción las mentes estudiosas de la Edad Media. La misma fe religiosa, salvo en rarísimos individuos, no abarca la profundidad y dominio que lograra en aquellos alejados siglos. Los métodos de las ciencias naturales se han hecho presentes incluso en las más abstractas disciplinas culturales. Antes se explicaba el mundo desde lo alto, con presupuestos religiosos y metafísicos intocables; ahora

se quiere empezar desde lo más próximo; que lo cercano revele paulatinamente su sentido, y, por acaso, quizá se espera la indicación de la trascendencia.

El hombre moderno se ha detenido en este su mundo y en esta su tierra; se siente cohibido por ella; quizá, destituído de fe y esperanza, todavía cree que le proporcionará una solución. La estudia afanosamente, con el propósito de comprenderla y dominarla. Avanza la inteligencia y se prodiga, para la comprensión de los misterios que ofrecen las cosas de los sentidos. Se aclara ante el hombre moderno la Naturaleza; la analiza cada vez más de cerca, le pide razones de su manera de obrar. Progresa en divisiones y subdivisiones y surgen nuevas ciencias, todas ellas marcadas con el signo del empirismo. Tocar, observar y experimentar, directa comunicación, sensación de presencia, es el postulado de los hombres de nuestro tiempo. Gustosos se quedan ahí, como si su *yo*, sensibilizado, difuso en lo más cercano, se ampliara y enriqueciera por el simple hecho de llenarse de este su mundo.

Cree el hombre moderno que, mediante la exageración del análisis, no sólo conquistará intelectualmente la tierra, sino también la felicidad. Y esto ya no es tan claro; y lo primero también es dudoso, pues analizar no equivale a comprender. Dividimos, especificamos, siempre a la búsqueda de la posible destrucción de los conjuntos satisfactorios del momento. La duda nos acompaña por doquier: toda conclusión se convierte en interrogante para un nuevo problema. Estamos poseídos satánicamente del espíritu hegeliano, incesante búsqueda, demonio insaciable de la curiosidad jamás tranquilizada.

Llevado al exceso el análisis, se convierte en distorsión y parodia de la cultura. Insatisfechos, nos complacemos en destruir; amontonamos material, que no se eleva para construir el monumento ingente. Todo parece provisorio; corremos, pero a ciegas, sin saber dónde finalizaremos después de tanto trabajo y cansancio. Aun aquello que ahora nos satisface, lo aceptamos cautamente, pues ignoramos si mañana, acuciados de nuevo, tendremos que desecharlo. Es un siglo de técnicos, no de sabios y, mucho menos, de filósofos.

El análisis, que se hacía necesario por el antiguo exclusivismo de la deducción, se ha convertido en método casi único. Los pensadores ingleses del siglo XVIII dieron la pauta. En Hume se afirma no sólo como principio filosófico, sino que en sus *Essays* abusa con exceso, y lo aplica a todo sin perdonar lo más sagrado. No hace falta seguir su historia; basta decir que nada se ha librado. La

duda avanza. Nada queda firme como valor; sólo los buenos modales, actitud puramente externa, exigida por la convivencia social, han impedido que la irrespetuosidad se convirtiera en norma.

Conservamos grandes síntesis, y la Humanidad las conservará siempre, porque sin ellas es imposible la vida de relación; no falta una minoría intelectual, que se adhiere, y Dios sabe con cuántos riesgos, a sus principios; pero la inmensa mayoría está distraída en las cosas desmenuzadas, en lo analítico. Por eso es muy explicable que nuestro mundo, por necesidad de su propia conservación, predique la tolerancia. Ya se dieron cuenta de ello Hume y Locke, sus máximos predicadores y teorizadores, que pusieron los fundamentos de nuestros módulos de cultura. A los científicos de la actual generación no los unen grandes ideales, sino que cada uno, para poder afirmar su singularidad, ensalza la virtud del mutuo respeto. ¡A qué serias reflexiones se presta esta modalidad contemporánea! Sólo advertiré, y dejo a la consideración del lector comprender su profundo contenido, que quizá el miedo ha sido su principal inspirador.

* * *

Perdida, pues, la fe en una trascendencia, crece el prestigio de este nuestro mundo. La voz de orden se denomina progreso. Sólo el pensador, y en la actualidad hay muy pocos que se consagren intensamente al pensamiento, puede cuestionar esta voz de orden. Las respuestas que se dan únicamente raspan la superficie; no satisfacen, porque no tranquilizan el espíritu. Todo esto ya sería problema; y el hombre moderno, a pesar de que nunca ha sido tan urgido, lo evita distraído en la acción. Dicen que se progresa por el incesante movimiento, en una concatenación de causas y efectos, sin adivinar, no obstante, fin u objetivo. No hay paz para el silencio meditativo que quiere comprender; se huye de él, ahogados por el estrépito activista.

El hombre tantea las cosas, su mundo, lo que denomina única realidad; le es necesaria la acción. Puede acercarse en dos formas; arrimarse, tocarla levemente, sólo para que se le manifieste en la contemplación; o entregarse a la experimentación, para que las cosas le revelen sus secretos utilizables. Predomina la segunda táctica, pues no se pregunta para saber, sino para subordinarlas. No se demora en ellas, sino que corre, así que ve la posibilidad, a utilizarlas.

Prevalece, pues, en nuestro siglo la experiencia práctica. Esta

es interrogativa y calculadora; esconde algo de satánica, por el afán de subordinación desmedida a que quiere someter el mundo. Es también parcial y codiciosa, jamás satisfactoria, siempre ávida de conquistas. Se afirma como señora, para extraer la utilidad. No descansa jamás, sino que locamente corre a nuevos y ulteriores propósitos. Es siempre para algo. Todo fluye, decía Heráclito, y constituía la fluidez, a su parecer, la esencia de las cosas, carrera alocada. Nuestro mundo parece haber adoptado esta norma, pero ayuna de sentido y profundidad filosóficas.

En cambio, escasea la experiencia estética, el reverso de la que acabamos de diseñar. No se oponen contradictoriamente, sino que la estética pide algún descanso en tanto trajín, silencio en medio del ruido de la acción. Es la distintiva del hombre; lo eleva en la jerarquía de los seres y lo acerca a Dios. Comprende y contempla; no es ociosa, sino apaciguada y serena, elevada sobre el tráfago y el bullicio para penetrar razones y darse explicaciones. Es modesta e imparcial, pues refleja lo que se le presenta y lo argumenta. Evidencia y clarifica al mundo. Sin querer transformarlo ni convertirlo, logra, con el esfuerzo intelectual, apropiárselo en sus más profundas raíces.

En esta experiencia se refugian los que están fatigados de un buscar sin motivo. Si ahí no encuentran consuelo, pues la contemplación no es siempre satisfactoria, aprenden por lo menos a resignarse. Saben que el hombre es hombre no por el moverse incesante, sino por la plácida reflexión. La experiencia estética no teme al mundo, ni a sus problemas, ni a su incesante agitación; pero sabe mantenerse a la vera, como buen observador que quiere saber. No se entontece en la acción, sino que se independiza al no complicarse locamente con ella.

Es, o pretende ser, completa, precisamente porque se mantiene a distancia de lo que acontece. Sabe que sólo si aspira a contemplar la totalidad se le hará patente la profundidad. No extorsiona a las cosas, sino que, a la manera del filósofo, quiere comprenderlas. Es aliada inseparable de la sabiduría. Siempre ha sido don de pocos; pero en este nuestro moderno mundo, aún en estos pocos se encuentra amenazada por el afán de practicidad. La tientan de continuo, para que se abandone a la fluidez de las cosas. Y, sin embargo, la salvación está en ella, en los escasos privilegiados que todavía creen en la contemplación.

* * *

El técnico no puede estar de continuo sometido a la danza de la acción. Precisa y quiere descansar. Hay momentos en que la conciencia le advierte la fatuidad de tanto bullicio; tal vez se pregunte fugazmente los motivos, pero preferirá distraerse. Distraerse es lo mismo que extraviarse a sabiendas del camino trillado que se seguía, para buscar la aventura. Es un propósito de olvido momentáneo, que será alivio, para luego volver a la acción. Para descansar se busca un remedo, y en ocasiones nos parece burla, de la experiencia estética.

Nunca han abundado tanto ni han sido tan necesarias las distracciones como en nuestro siglo. Se buscan con frenesí; se alternan con la misma rapidez con que los técnicos se dan a la acción. Más y más distracciones, sin paladearlas, sin extraerles su íntimo sabor; un regocijo superficial, porque nos llama una nueva aventura. Para ocultar la fatuidad de la vida no es infrecuente que se caiga en la fatuidad de los placeres y de las distracciones.

El arte debería ser, en primer lugar, contemplación, y, secundariamente, distracción. Ahora se busca directamente, por la mayoría de las personas, en cuanto es lo último, y ahí se quedan. Se exige abundancia y diversidad en poesía, novela, pintura, música, cine y todo cuanto distraiga. Se saben muchos títulos, pero se han saboreado muy pocos libros; aunque también debe reconocerse que mucho que se denomina arte, realizado precipitadamente para agrado de la multitud, ofrece escaso elemento saboreable. Es un conato de adulteración, si ello fuera posible, de lo que debería satisfacer a la experiencia estética para que se subordine a la práctica.

Nuestro mundo es técnico, inquieto, buscador, sin descanso para meditar. Está agitado de continuo, por una duda que no se soluciona.

Luis Farré.
SAN MIGUEL DE TUCUMÁN (Argentina).